

EL VOLCÁN

Miguel Ángel Guelmí

# La mecedora y los piratas

ANAYA

Ilustraciones  
de Jordi Giménez

Apuntaba ya el reloj las tres de la tarde. En la playa de Las Alcaravaneras no cabía un alfiler. Era uno de esos días de finales de junio. Las clases habían terminado. El cielo, libre de nubes, anunciaba el verano.

—Tengo hambre. Y los granos de arena parece que también. Se me están clavando en la piel —comentaba Damián.

—Pues vámonos. Me corren las tripas —sugirió Faina.

Se quitaron la arena en las duchas de la playa, y una vez vestidos pusieron rumbo a la parada de guaguas. Hora punta. Había una cola enorme y encima, las que llegaban, lo hacían llenas.

—¿Has traído dinero? —preguntó Faina.

—Cinco euros. ¿Te apetece una hamburguesa?

—¿Con este calor? Allí veo una tienda abierta, de esas que mi padre llama «de aceite y vi-

nagre». Sugiero dos cornetos y un kilo de manzanas. Nos comemos los helados primero y...

—Elemental, querida Faina.

Se sentaron al pie de unos árboles, en la parte alta, en unos jardines que separan la playa de la transitada avenida Marítima. Frente a ellos, el muelle de Las Palmas, con su inmensa terminal de contenedores, con su trajín de grúas y barcos, y más cerca, besando la playa, los pequeños veleros.

8

—En esta época no hay muchos yates extranjeros, pero ya verás en octubre o noviembre. Banderas alemanas, danesas, francesas, inglesas, holandesas... Llegan con los alisios, se reúnen como los pájaros, para irse después a América o a las Antillas, aprovechando la bonanza del mar y del viento. Mi padre dice que algunos no pasan de aquí, que traer el barco del norte de Europa, y sobre todo el paso por el golfo de Vizcaya, les supone una experiencia muy fuerte. Venden el barco, o alquilan tripulaciones para que se los lleven de vuelta a sus puertos de origen. Prefieren volver en avión —comentaba Faina.

—Me lo imagino. Tengo un primo marino mercante, bueno, ya no ejerce, y me decía que cuando embarcaba y el navío se aproximaba a Finisterre o al golfo de Vizcaya quitaban la comida líquida del menú. ¿Tú has visto los barcos





en Gran Sol, pescando frente a las costas de Terranova? Es como estar todo el día en una montaña rusa —añadía el muchacho.

—Y no siempre fue así..., me refiero a estas costas... ¿De qué te ríes? —dijo Faina

—No me río. Es solo que te conozco. Y esas palabras en ti adquieren un tono especial... Eres muy her...

—¿Hermética?

10

—Je, je, je. ¿Hermética? Bueno, sí, todas las chicas lo son... También se dice que nunca se llegan a conocer todos los secretos de un hombre.

—Pero tú no eres un hombre —dijo Faina, con una sonrisa pícaro.

—Vaya, vaya.

Un beso se posó en la mejilla derecha de Damián. La muchacha lo miraba fijamente. Sus ojos verdes se abrían como flores ante el milagro del Sol. Quince años los dos, con una diferencia de meses. Ya había pasado algún tiempo desde aquel día en que el azar los unió como vecinos, desde la historia de la cueva de Pim Pam. La amistad, y tal vez algo más, iba entrelazando sus vidas. Damián la miraba...

—Entonces... ¿no siempre fue así?

—Burletero. Quiero decir que estar aquí, tan tranquilos, y ver de repente cómo aparecen barcos piratas y tener que salir corriendo...



—Hemos estudiado en clase la piratería en Canarias. Fernando, nuestro profesor de Geografía e Historia, dice que estas tierras fueron siempre «codiciadas» (vaya palabra) por su situación estratégica. Por aquí pasaba la flota rumbo a América, la Flota de Indias, que salía de Cádiz y fondeaba para proveerse de agua, o hacer aguada, en Canarias, principalmente en La Gomera. Luego, en 20 ó 30 días, llegaba a la isla Dominica o la Martinica. Ese era el punto inicial, desde ahí se repartían por los enclaves importantes del centro y sur de América. El regreso se hacía por el norte, por las Bahamas, por las terribles Bermudas, buscando el paralelo 38, que les favorecía con sus vientos para poder así alcanzar las islas Azores, y de allí de nuevo a Cádiz. Al principio, los barcos iban y venían libremente, pero con la guerra entre España y Francia, en el reinado de Carlos V, empezaron los ataques piratas a manos de los terribles corsarios, y los barcos se reunían para viajar juntos y protegerse mutuamente. Todo eso sucedía en el siglo XVI.

—Pero estamos en el XXI. Ahora, el que parece que se pierde en el tiempo eres tú —comentó Faina.

—Unas tienen la fama y otros el provecho —sentenció Damián—. Pero, ahhh... noto que

vuelvo al siglo XXI, ahhh... mi estómago se dilata y contrae espasmódicamente... ¡Ahhh... me muero... de hambre!

Y, veloz como un volador, se puso en pie.

—Pero si acabamos de comer —protestó Faina.

—Sí, pero casi todo era fruta y está científicamente demostrado que se digiere muy rápidamente —contestó el muchacho.

—Tragón —le espetó la chica, mientras se incorporaba.